

I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

FINALISTA CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO

ORGANIZADA POR LA ASOCIACIÓN ACAPS



NUNCA NOS FUIMOS

por Unai Yoldi Hualde | Categoría adulta relato corto

Olatz me agarra del brazo y me despierta. La verdad es que sabe malísimo porque era la primera vez en casi 24 horas de viaje que conseguía conciliar un poco el sueño.

- Vamos a aterrizar -, murmura. Y sin contestarle me incorporo y apoyo la cabeza contra el cristal. Miro el reloj: 3.30 de la madrugada, casi 24 horas de viaje desde que salimos de Pamplona. Echando cálculos, estaremos en los campamentos sobre las 5.30 de la mañana.

- Espero que en el aeropuerto de Tindouf vaya todo rápido, no puedo más -, le comento a Olatz con tono derrotista.

- Yo también estoy muerta, pero piensa que en dos o tres horas estamos con ellos -. Sí, eso es lo que todavía me da fuerzas, pienso. De hecho, es lo que me ha dado fuerzas todo este tiempo. Dos años en los que el único contacto ha sido mediante videollamadas entrecortadas y mensajes de WhatsApp.

Por los altavoces del avión, comienza a hablar una voz femenina, primero en árabe y después en francés. Entre el hueco de mi asiento y el de Olatz asoma la cabeza mi hermano, Iker, que se enganchó a la causa saharauí después de que lo hiciera yo convencido por Olatz, la veterana del grupo.

- Vamos a aterrizar ya, ¿no? -, pregunta inquieto.

- Sí, no nos queda nada, en dos horas les estamos abrazando -, le animo, intentando desviar la atención del aterrizaje, que no le agrada mucho.

I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

FINALISTA CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO



- ¿Estarán bien? ¿Les durará la compra de comida que les enviamos en verano? - - Yo creo que sí, se habrán organizado bien -, comenta Olatz.

Me abrocho el cinturón, cierro los ojos y pienso en todos los días que llevo esperando este momento. Yo y todos los que vamos en este avión. Y pienso en los dos veranos que la pequeña Aicha debería haber pasado en nuestra casa. Lejos de ese desierto, lejos de la guerra y lejos de unos campamentos donde el coronavirus hace estragos. Estaba muy ilusionado con su acogida y con formar parte de un programa tan importante para los niños como es Vacaciones en Paz. La decisión la tomé, como todas las relacionadas con la causa saharauí, tras conocer la experiencia de Olatz veranos atrás. Ella acogió en su casa a Lala, hermana mayor de Aicha, y recuerda los tres veranos que la niña pasó aquí, en Navarra, como los mejores de su vida.

Pero la pandemia lo jodió todo y Aicha y muchos niños no han podido disfrutar de sus vacaciones en paz. Visualizo su cara, su piel morena que destaca con unos dientes blancos y su pelo negro siempre alborotado. Siempre sonriente. De repente, un golpetazo hacia adelante me hace volver a la realidad. Ya hemos llegado. Estamos en Tindouf.

Estamos de suerte y las cosas en el aeropuerto van rápido. Aquello ya es desierto y aunque estamos agotados nos reanima pisar arena. ¡Qué cerca estamos! Nos tiramos una hora entre recoger las maletas, cargarlas en los camiones y esperar a los autobuses que nos llevarán a los campamentos.

Una vez listo el convoy militar que nos escoltará, comienza el trayecto por el desierto, con más tensión de la habitual. Son tiempos de guerra. El ejército argelino nos conduce hasta el punto de encuentro con el Frente Polisario. Allí, cambian nuestros guardaespaldas, que pasan a ser todoterrenos del ejército saharauí. Miro el reloj: 4.45 de la mañana. Llevamos 24 horas de viaje a las espaldas, pero como estamos tan cerca vamos bien despiertos.

- ¿Nos escoltan más coches que de normal, ¿no? -

- Sí, yo también me he fijado - responde Olatz. - Estando en guerra querrán asegurarse de que nos sentimos seguros, aunque aquí no nos va a pasar nada -.

- ¿Ali estará bien? -, interrumpe Iker.

- Seguro que sí, lleva ya tres meses en el frente, pero seguro que sabe cuidarse -, le tranquilizo. - ¿Sabes cuándo vuelve? -, pregunto mirando a Olatz.

I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

FINALISTA CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO



- La verdad que no. El otro día hirieron a un compañero suyo en un ataque marroquí, muy cerca de donde estaba él. Pero Lala me dijo que a Ali no le ha pasado nada, que está bien. Pero ellas la verdad que están muy preocupadas -.

- Normal, al final es su tío y vive con ellas, pero estará bien, tranquila -, le digo.

Entramos en el campamento de El Aaiún, la primera parada. Se bajan los que tienen sus familias ahí y por la ventana vemos abrazos y llantos de alegría. El autobús arranca, rumbo a Auserd, nuestro campamento. Los nervios me invaden. A nosotros nos toca en unos minutos. Después de dos años seguro que están cambiados todos y los niños enormes, pienso. Por el cristal se ve muy poco porque todavía la noche es cerrada. Pero entre casas y jaimas reconozco una antena alta: protocolo. Ahora sí que sí, ¡ya estamos en Auserd! Para el autobús y nos bajamos corriendo. Busco con la mirada rostros conocidos entre los abrazos y los gritos que me rodean, pero no encuentro a ninguno. Pero de pronto me fijo en mi hermano, está abrazando a alguien.

- ¡Jatri! - le grito. Y mientras abraza a Iker me mira. Me acerco y nos abraza a los dos. - ¿Qué tal estáis? ¿qué tal el viaje? ¿qué tal está la familia? -.

- Todos bien. Y tú, ¿qué tal estás? -, pregunto. - Muy bien, todo muy bien -.

Olatz a lo lejos habla con alguna conocida. Cargamos las cosas en el todoterreno de Jatri, que es primo de la familia. Y nos lleva a casa. Con Ali en la guerra no tenían a nadie que pudiese venir a recogernos, así que han mandado al joven Jatri, siempre dispuesto a todo.

Aparca el coche. Cogemos las maletas cargadas de alimentos y ropa y nos acercamos a la casa. Ya no tengo sueño ni cansancio. De hecho, las dos maletas que llevo, de 30 kilos cada una, no me pesan y las llevo con ligereza, como si estuviesen vacías. Porque ahora mismo estoy fuerte, lleno de alegría, dos años, una pandemia y una guerra. Unas luces de móvil salen por la puerta. Tan solo distingo las siluetas de las melhfás.

- Holaaa! -, gritan todas. Y corren hacia nosotros y nosotras hacia ellas. A Olatz la abrazan la primera. Es Lala, que rompe a llorar. Está altísima. Y de repente, en la oscuridad del desierto oigo su voz:

- Unai! - grita mientras corre. Reconozco a Aichita corriendo hacia mí. Suelto las maletas. Tiro la mochila al suelo. Qué larga espera. Qué duros han sido todos estos meses. Pero en este momento el resto del mundo me da igual, solo me importa ese abrazo que se acerca corriendo, descalzo entre arena y

I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

FINALISTA CATEGORIA ADULTA DE RELATO CORTO



piedras. No puedo evitar soltar una lágrima, sonreír y abrir los brazos para cogerla cuando se me abalance de un salto. Ya está frente a mí, ya le veo la cara. ¡Qué guapa está! Abro los brazos y ella salta. Y el mundo se para. Allí, en medio del desierto, en la nada. De donde nunca nos fuimos, aunque hoy hayamos vuelto.

Por Unai Yoldi Hualde